



Viau, Augusto da Rocha y Juan Zocchi –quien organizó en 1952 la muestra *La pintura y la escultura argentinas de este siglo* ocupando “las treinta salas del museo” con el arte argentino–.

La finalización de la gestión de Zocchi, con el derrocamiento del peronismo, fue seguida por la asunción de Jorge Romero Brest como Director en 1955 –quien construye un “relato del arte argentino en relación a sus antecedentes europeos”–. Romero Brest expuso en 1960 la colección Di Tella en el MNBA y renunció a su cargo en 1963, siendo reemplazado por Samuel Oliver hasta 1977. Herrera destaca que tanto la gestión de Romero Brest como la de Oliver pusieron “un fuerte acento en las exposiciones temporarias”. En 1977 asumió como Director Adolfo Luis Rebera, siendo reemplazado en 1985 por Guillermo Whitelaw a quien le siguieron Daniel Martínez y Jorge Glusberg.

Ángel Navarro se refiere al arte europeo en el MNBA antes de 1910 y a continuación un conjunto de investigadores analiza una selección de piezas del arte prehispánico, del arte colonial americano, del arte antiguo, del arte de Asia y del arte europeo –siglos XII- XVII y XVIII–. Laura Malosetti Costa se ocupa de “El arte del siglo XIX en el MNBA” reconociendo una “marca de origen” en el mismo, ya que sus organizadores fueron los “miembros de una elite opulenta”. La autora plantea que aún resulta necesario revalorar la colección del MNBA, como así también, “muchas otras iniciativas culturales y patrimoniales en el siglo XIX argentino” que quedaron opacadas por “la mirada crítica modernista y la entronización del impresionismo como el único patrón de valor de la vanguardia decimonónica”. Destaca que esas prácticas fueron desplegadas “desde la órbita nacional”, siguiendo los proyectos del grupo nucleado en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes desde 1876.

Según Malosetti Costa el Centenario constituyó “un punto de inflexión en la orientación de la conducción del MNBA” y asimismo, un “cambio de las preferencias estéticas de los coleccionistas y artistas nacionales” que se orientaron a la “recuperación de las raíces hispánicas de la nación”. La colección del siglo XIX de arte argentino y europeo perteneciente al MNBA revela “desde las preferencias estéticas de los coleccionistas, y las decisiones de los artistas nacionales, hasta la predilección de muchos de los miembros de las colectividades de inmigrantes por los artistas de sus naciones de origen”.

El volumen I culmina con el análisis de un conjunto de obras pertenecientes al MNBA a cargo de investigadores nacionales y extranjeros, divididas en dos períodos: 1800-1875 y 1875-1910.

El volumen II, presentado por Roberto Amigo comienza con un trabajo de María Isabel Baldasarre sobre “Patrimonio público y voluntad coleccionista. Una mirada al MNBA a partir de sus principales donaciones”. La historiadora del arte plantea que desde el museo se exhibió un repertorio del arte occidental en el que “se insertaría como uno de sus últimos jalones el arte argentino”. Luego reflexiona sobre la práctica del coleccionismo en la Argentina y caracteriza las distintas colecciones que ingresaron al MNBA. Destaca los años 30 del siglo XX como una “década clave” ya que “durante ese período se concretaron innumerables donaciones” al museo. Según la autora “probablemente la inauguración de su nueva y definitiva sede en 1933 funcionó como carta de garantía de salvaguarda y cuidado del patrimonio”. Asimismo fue en 1931 cuando se creó la Asociación Amigos del MNBA “institución nucleadora de los

principales coleccionistas locales”. Respecto al ingreso del arte nacional al museo, la historiadora acentúa el legado del pintor Jorge Larco en 1968 que “contribuyó a un ingreso importante de obras argentinas”. También destaca las principales donaciones de la segunda mitad del siglo XX, entre las que se encuentra las de Torcuato y Guido Di Tella (1971) que “no tuvieron el sello exclusivo del arte argentino”.

Baldasarre considera que los años 70 y 80 fueron “décadas signadas por las grandes donaciones” y culmina su recorrido por los distintos legados con la colección de obras de arte rioplatenses donadas por María Luisa Bemberg. Siguiendo a la autora “el gesto donador de María Luisa duplicaba así, a más de un siglo, el de otros que como ella habían pensado que el engrandecimiento institucional no podía darse sin el apoyo de particulares”. A modo de cierre la investigadora planea que “la historia del arte que se venía contando hasta el momento podía ser ampliada, revisitada o focalizada de modo diferente a partir del ingreso de nuevos corpus”.

Marcelo Pacheco en “Un museo imaginante. El MNBA y sus colecciones de mezclas” plantea que “las donaciones de colecciones privadas a la institución fueron especialmente significativas en las etapas entre 1890-1920, 1930-1943 y 1960-1990” en tanto que la aseveración de que la institución fue formada “básicamente por la intervención de privados es una leyenda de clase”. Respecto al coleccionismo porteño, el autor señala que tiene una serie de características que lo identifican entre las que se destacan el “eclecticismo”, el “gusto por lo menor”, la “predilección por lo español y francés, persistencia de lo italiano y constancia de lo flamenco y holandés”; los “consumos excéntricos sin anclaje en los modelos de época”, la “apreciación del realismo en sus múltiples variantes”, las “fronteras estrictas para el consumo contemporáneo radical” y la “asimilación de infiltraciones extrañas y ajenas al medio y al contexto”.

Pacheco sostiene que esas múltiples características posibilitan pensar la colección del MNBA más allá del “relato tradicional de la museología heredada del siglo XIX” y propone una modalidad de ordenamiento de las piezas a través de distintas “fricciones”, “encuentros no habituales”, “cruce de valores y problemáticas” que dibuje “los contornos de un museo imaginante y de un imaginario productivo”. A continuación un conjunto de investigadores analiza una selección de piezas del arte del siglo XX entre 1910 y 1945.

Andrea Giunta se pregunta “¿De qué arte moderno hablamos cuando recorreremos el MNBA?”, asevera que “el MNBA escribe una historia desfasada y apasionante del arte del siglo XX” pautada por “marcas de origen generadas en la tensión entre políticas, proyectos y circunstancias particulares”. La autora sugiere que “las primeras vanguardias europeas no pueden leerse en la colección del MNBA desde sus representantes europeos sino a partir de sus reescrituras latinoamericanas”. Asimismo, para la historiadora del arte, el arte argentino puede pensarse “en geografías más que en estilos o movimientos”, percepción que posibilita aproximarse “ciudades que señalaron momentos diferenciados” como Rosario y La Plata. Según Giunta “el conjunto más sólido, aquel que permite organizar genealogías, narrativas o contrastes”, es la colección de arte argentino del museo. El volumen II culmina con el análisis de un conjunto de obras pertenecientes al MNBA por parte de investigadores nacionales y extranjeros, del período: 1945-2010.